



የኢትዮጵያ አርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሂይማኖትና ለጋብት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Fourth Sunday of Zemene Asterio (*The Season of Manifestation (Theophany)*)

Liturgical Readings:

1 Cor. 2: 1—end; 1 John 5: 1 - 6; Acts 5: 34 —end

Ps. 5: 2—3

John 9: 1—end

The Anaphora of Our Lord

«Señor, creo» (Juan 9,38)

Amados en Cristo, el Evangelio según san Juan, capítulo nueve, nos presenta no sólo un milagro de restauración de la vista, sino una revelación de la fe nacida a través del sufrimiento, la obediencia y el encuentro divino. El grito del hombre que antes era ciego — «Señor, creo» — no se pronuncia en el momento en que se abren sus ojos, sino cuando su corazón es iluminado. Esta confesión se encuentra en el centro de la proclamación de la Iglesia, porque la verdadera visión no consiste únicamente en percibir la luz, sino en reconocer la Luz del mundo.

El hombre es ciego de nacimiento, no por azar ni como castigo, sino para que «se manifiesten en él las obras de Dios». Desde el principio de las Escrituras, Dios se revela como Aquel que saca orden del caos y luz de la oscuridad. Así como la creación esperaba la iluminación, este hombre permanece en la oscuridad hasta que la Palabra habla. En la teología de la Iglesia Ortodoxa Etíope, la ceguera simboliza no sólo la aflicción física, sino la condición caída de la humanidad en espera de restauración. Como clama el Salmista: «Escucha mis palabras, Señor... por la mañana presento mi petición ante ti y espero con atención» (Salmo 5,2–3). El ciego espera, aunque aún no sabe a quién espera.

La acción del Señor es profundamente sacramental: unge sus ojos con barro y le manda lavarse en el estanque de Siloé. Esto recuerda el misterio de la creación, cuando Dios formó al hombre del polvo de la tierra. También prefigura la comprensión de la Iglesia sobre el bautismo y la sanación: la obediencia precede a la comprensión. El hombre va, se lava y regresa viendo. Sin embargo, el milagro más profundo apenas comienza. La vista no le trae consuelo, sino conflicto. Aquellos que afirmaban ver — los fariseos — se muestran ciegos, mientras que el que antes no veía avanza con firmeza hacia la fe.

Aquí resuena la enseñanza apostólica: «Mi mensaje y mi predicación no consistieron en palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en una demostración del Espíritu y del poder» (1 Corintios 2,1–fin). El hombre sanado no es un erudito; su teología es simple y valiente: «Una cosa sé: era ciego, y ahora veo». Esta es la fuerza del testimonio vivido, una verdad que la Iglesia Etíope ha conservado: la fe se confiesa no sólo con palabras, sino con el testimonio de la vida. Como escribe san Juan: «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (1 Juan 5,1–6).

El interrogatorio se intensifica. La autoridad religiosa resiste la verdad divina cuando amenaza sus certezas establecidas. Pero incluso entre el consejo, Dios suscita voces de discernimiento, como en los días de los Apóstoles, cuando Gamaliel advirtió: «Si esta obra es de origen humano, fracasará; pero si es de Dios, no podrán detenerla» (Hechos 5,34–fin). Así también aquí: la obra de Cristo no puede ser anulada por la incredulidad. El hombre es expulsado, pero al ser rechazado por la sinagoga, es acogido por el Hijo del Hombre.

Este momento marca el punto de inflexión del Evangelio. Jesús busca al hombre — una profunda imagen de la misericordia divina. La fe no es sólo el resultado de la búsqueda humana; es Dios quien busca al creyente. Cuando Cristo pregunta: «¿Crees en el Hijo del Hombre?», el hombre responde con humildad: «Señor, ¿quién es para que crea en él?» La revelación sigue a la relación: «Lo has visto, y él te habla». Entonces surge la confesión que corona el Evangelio: «Señor, creo». Y lo adora.

Esta confesión resuena a lo largo de toda la historia de la salvación. Cuando el Templo fue destruido, Cristo habló de una realidad superior: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Juan 2,19–22). El verdadero templo es su Cuerpo, y los que creen se convierten en piedras vivientes en él. El hombre antes ciego, antes excluido, ahora se encuentra dentro de este templo vivo, viendo no sólo con los ojos, sino con la fe.

Desde la perspectiva de la teología etíope-ortodoxa, este Evangelio proclama que la fe madura mediante la obediencia, la perseverancia y la proclamación valiente de la verdad. El hombre no comprende plenamente a Cristo al principio, pero obedece Su palabra. Es interrogado, burlado y expulsado, pero no niega lo que Dios ha hecho. Su camino refleja el de la Iglesia misma: a menudo rechazada, pero siempre viendo; a menudo perseguida, pero nunca ciega.

Amados, este Evangelio nos confronta con una pregunta ineludible: ¿Vemos de verdad, o sólo pretendemos ver? Cristo declara: «He venido a este mundo para juicio, para que los ciegos vean y los que ven se vuelvan ciegos». La verdadera visión requiere humildad. Requiere el valor de decir, como el hombre sano y como la Iglesia de todos los tiempos: «Señor, creo».

Que nuestra oración se eleve cada mañana como incienso, según enseña el Salmista, y que nuestra fe no se apoye en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios. Que nosotros, alguna vez ciegos de corazón o de mente, seamos iluminados por Cristo, Luz de Luz, y lo confesemos no sólo con los labios, sino con toda nuestra vida. Y habiéndolo visto, que lo adoremos — para la gloria de Dios Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Amén.